

BUEN HUMOR



—¿Pero por qué nos mira usted tanto? ¿Es que tenemos monos?

Dib. GARRIDO. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (15 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (15 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 =

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 =

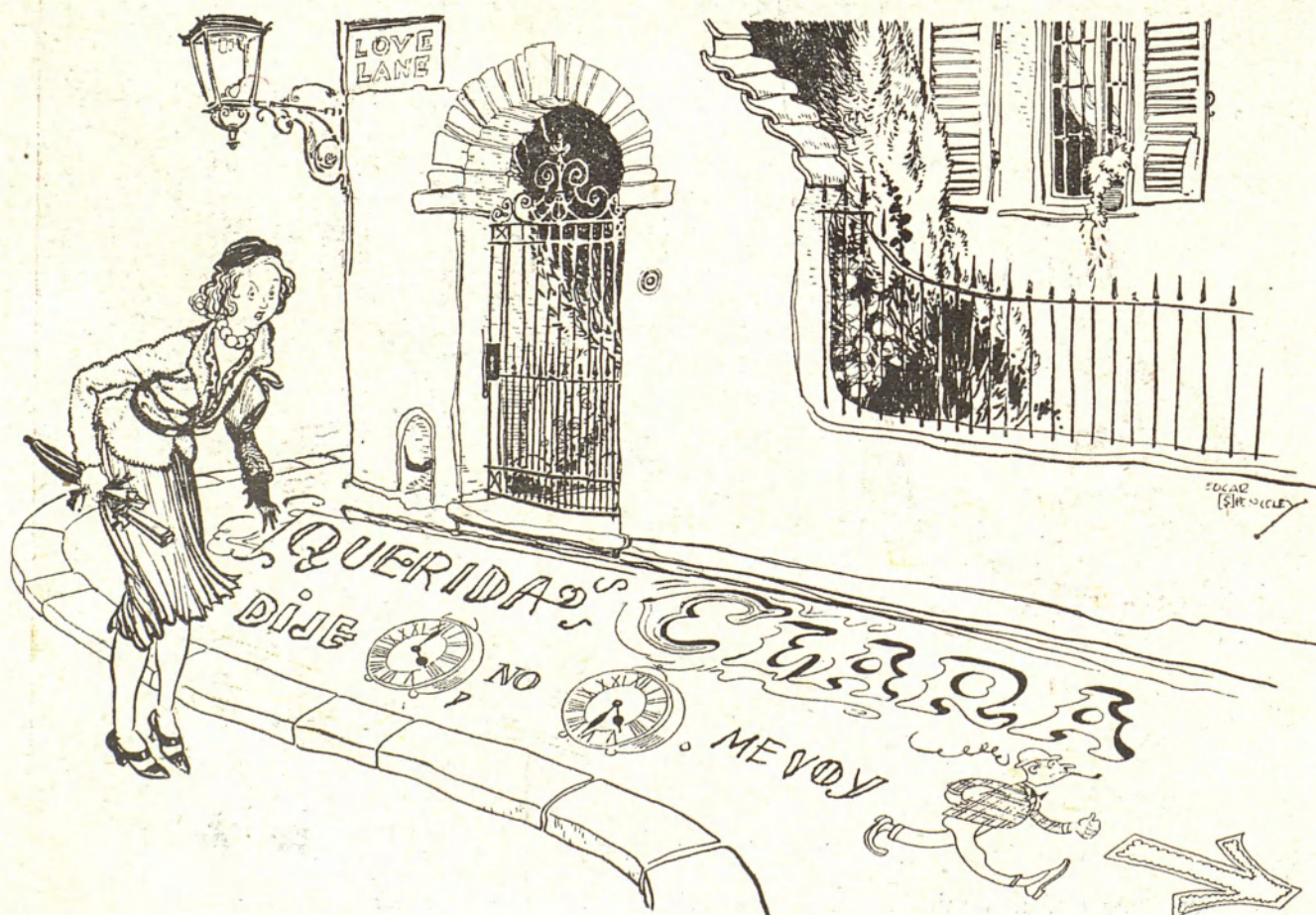
ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A., Apdo. 605. Habana.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142



El dibujante que se ha cansado de esperar a su novia

Ayuntamiento de Madrid

(De The Passing Show.)



nuestros concursos

EL DEL MES DE OCTUBRE

Pues señor... Un alemán que había pasado algún tiempo en España y cuyo nombre era el de Otto Reuchtheemspringenhoven, natural de Düsseldorf, como el célebre vampiro, al volver a su país refería a sus amigos el viaje, y entre otras cosas, contó que en Madrid se había perdido una vez, y que en un sitio cuyo nombre no podía recordar le indicaron la manera de volver a la Puerta del Sol. Había entre los oyentes del Herr. Otto Reuch. etc. etc., un madrileño, y le dijo que él podía decir cuál era el sitio, con tal de saber lo que había

en él. El alemán sacó un lápiz, dibujó las figuras que van ahí abajo y se las presentó al español, el cual no hizo más que ver lo que representaban para adivinar el sitio en cuestión.

Ahora, lo notable del caso es que el nombre del sitio estaba formado por las iniciales de los nombres de los objetos; de manera que si alguno de nuestros lectores quiere conocerlo, no tiene más que ver lo que cada figura representa y combinar las iniciales, y en seguida podrá decir en dónde estaban las ocho cosas del grabado, y, por consiguiente, dónde indicaron las

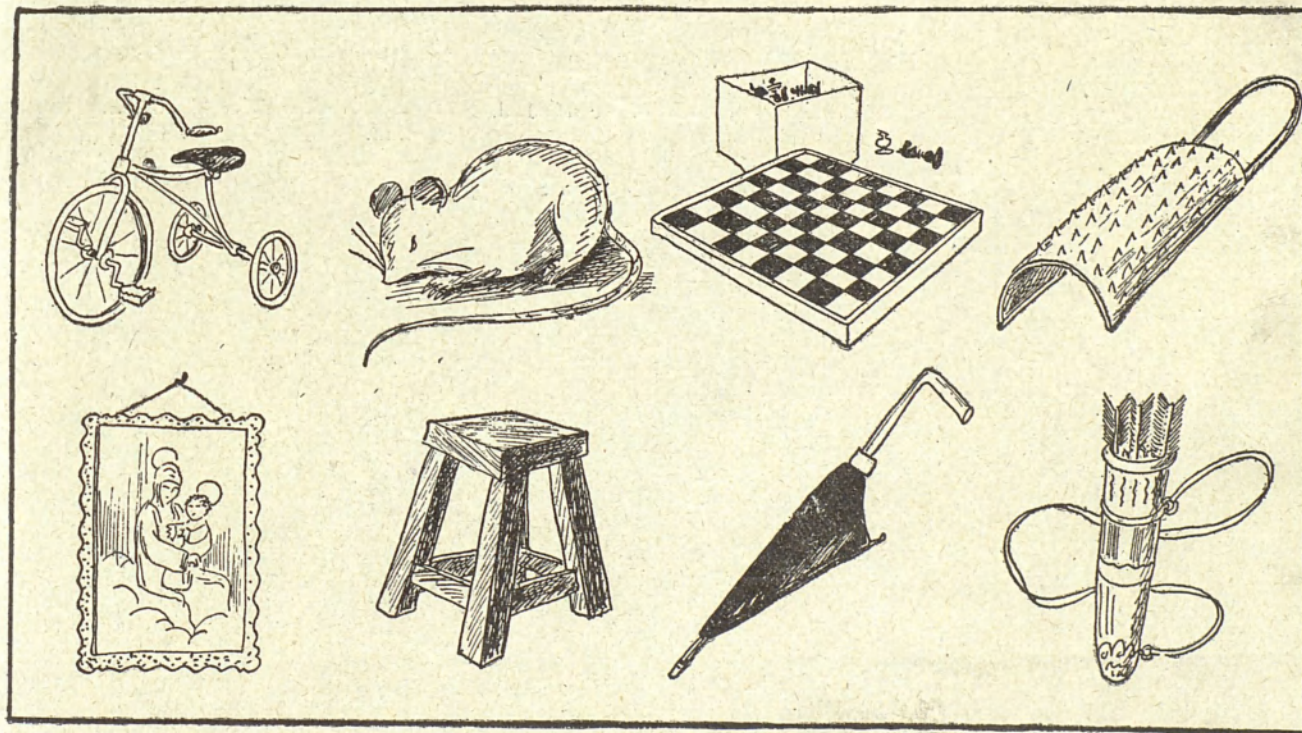
calles al compatriota de Hindenburg extraviado.

El premio, como de costumbre en ciudadanos tan espléndidos como nosotros, se compone de la venerable cantidad de

CIEN PESETAS

El plazo de admisión de soluciones termina el 31 de octubre a las doce y tres minutos.

¿Dónde estaban éstas cosas...?



Estaban en

Nombre del solucionista

Población Domicilio

NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE AGOSTO Y SEPTIEMBRE - Última lista de solucionistas

Fernandito García, de Melilla.
Carmen Moleón, de Melilla.
Alfonso Manzano, de Madrid.
Ramiro Serres, de Tarragona.
María de la Cinta Piquer, de Tarragona.
Cristeta Piqué, de Tarragona.
Dolores Anguera, de Tarragona.
Argentera, de Tarragona.
Luisa Angarón, de Barcelona.
Miguel Selimicol, de Zaragoza.
Carmen de Orellana, de Barcelona.
Manolita Sentés, de Barcelona.
Mercedes Rodrigo, de Alicante.
Manuel Rodrigo, de Alicante.
María Martínez, de Alicante.
Mariano Alonso, de Madrid.
José Gardí, de Madrid.
María Caldevilla, de la Habana.
R. García P., de Madrid.
P. Pérez M., de Madrid.
R. García H., de Madrid.
Sofía Polo, de Madrid.
León Cembrano, de Madrid.
Luis Felipe, de Melilla.
Manolo Fillol, de Valencia.
Lillian Pichardo, de Lausanne (Suiza).
Angel Ibisate, de San Sebastián.
Pedro Lasso, de Santa Cruz de Tenerife.
S. Díez, de San Sebastián.

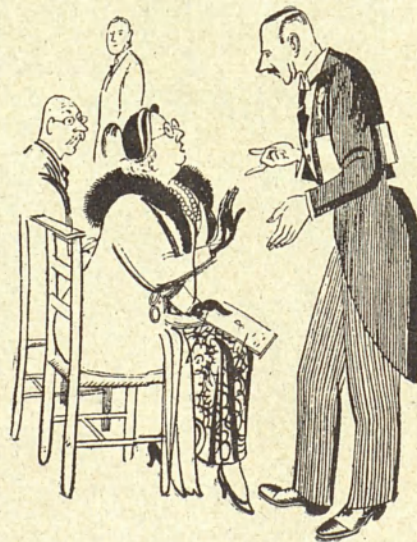


—¡Toma, toma, por si eres malo mientras yo estoy fuera.

(De Cándide.)

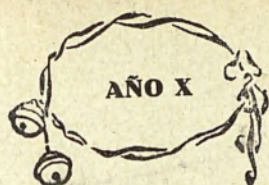
Paquita Jiménez, de Melilla.
Pedro Ilera, de Barcelona.
Safina de Palma, de Barcelona.
Tina Fernández, de Bilbao.
Servando Crespo, de Bilbao.
Isabel Martín, de Madrid.
José Miró Bosch, de Murcia.
Pilar Pérez, de Madrid.
Elena Pesquera, de Madrid.
Julia Pesquera, de Madrid.
Concha P. Munió, de Santander.
José Alonso, de Madrid.
Maruja Morales, de Málaga.
T. Racolides, de San Sebastián.
Baudilio Llorente (cuatro soluciones), de Santa Cruz de Tenerife.
Ernestina Caraveo, de Santa Cruz de Tenerife.
Juanita Llorente, de Santa Cruz de Tenerife.
Carles Munells, de Badalona.
Cayetano Hidalgo, de Barcelona.
Luis Espoy, de Barcelona.
Milagros Arias, de Madrid.
Magdalena Martín, de Madrid.
Javier Pujadas, de Madrid.
Beatriz Von Arend, de Barcelona.
Francisco Tirado, de Villa Sanjurjo.
Rosario Astorga, de Melilla.
Consuelo Fernández, de Madrid.
O. Durán, de Ceuta.
E. B., de Melilla.
Kiko, de Madrid.
Chinchín, de Madrid.
Emilia Ruiz, de Madrid.
Luis Osés, de Madrid.
Joaquín Osés, de Madrid.
Trinidad Ilañeo, de Madrid.
Antonio Osés, de Madrid.
Carlos Osés, de Madrid.
Antonio Cabanilles, de Biarritz.
M. T. C., de Madrid.
Laurita Ballester, de Valencia.
Rafael Ortega, de Biarritz.
Francisco Coria, de Madrid.
María Tortajada, de Madrid.
José P. Zarazola, de Madrid.
Antonio Amo, de Albacete.
Joaquín Pérez, de Valladolid.
C. M. G., de Málaga.
Jesús Torres, de Alar del Rey.
Paulino Ugarte, de Zaragoza.
Juan Aguiló, de Madrid.
Carmen Partagás, de Zaragoza.
Zoé Godol, de Barcelona.
Ricardo Sáinz, de Madrid.
José Abos, de Zaragoza.
Julia Alesanco, de San Sebastián.

Luis Von Arend, de Barcelona.
Ramón Espoy de Sama, de Barcelona.
Luis Espoy de Machado, de Barcelona.
Saturnino Ortega, de Palencia (cuatro soluciones).
Victoria Artola, de San Sebastián.
Celedonio Garrido, de Madrid.
Rosario de la Serna, de Madrid.
C. Ara Barrenechea (cuatro soluciones), de Madrid.
Carmen Arnau, de Barcelona.
Hortensia Lezcano, de Zaragoza.
Raimundo Losada, de Zaragoza.
Luis Lafich, de Zaragoza.
Perpetuo R. F., de Melilla.
Jovita Enrile, de Torrelavega.
María Isabel Urzola, de Valencia.
Carmen Alvaro, de Madrid (dos soluciones).
Eustaquia Varela, de San Sebastián.
Paquita G. del Río, de Madrid.
Araceli Morata, de Madrid.
Mercedes Peirona, de San Sebastián.
Carmen Guerra, de San Sebastián.
Francisco Fernández, de Algeciras.
Carmen Cuadrillero, de Madrid.
Manuel Redondo, de Ceuta.
Nieves de la Fuente, de San Sebastián.



—Mira, Casimirito; hay que ser bueno para con los pobres, porque el día de mañana pueden ser ricos.

(De The Showman's.)



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO
Madrid, 18 de octubre de 1931



NUEVAS APORTACIONES AL AMOR SEGUNDA PARTE (1)

*Se necesita ser más tonto
que una regadera para escri-
bir todavía sobre amor.*

DOÑA ANTONIA.

Digamos audazmente y digámoslo en una sola expiración por lo que pueda ocurrir, que «el amor es aquel estado monárquico-psicopatológico en que el hombre que los poseyera con anterioridad—y algún caso se encuentra, no vayan ustedes a creer—pierde en cinco minutos la inteligencia, el criterio estético y el dinero».

De la mujer no se habla de momento, porque nos parece demasiado prematuro empezar a emitir grosería.

Un poco de «piano», que piden los de Torino y en el Cine de las Ventas.

Si tal como se dejó decir el filósofo de la dentadura de recambio (2) «el fin oculto y fetén del amor no es otro que poblar las calles con los berridos y las estupideces de la fauna infantil y proporcionar a las amas de cría un medio decoroso de subsistir», a los puntos de vista sustentados habríamos de añadir algunos nada respetuosos para el distinguido y agusanado compañero, por lo cual preferimos poner punto y dar un saltito hasta el renglón de abajo. ¡Jup!...

Para decir lisa y llanamente: ¡no es por ahí, «avi»!

Nosotros, que tenemos el orgullo de no haber escuchado jamás las sesiones radiadas del Ayuntamiento, ponemos en circulación, con permiso de la autoridad competente, una nueva teoría estampillada. (A sus órdenes, don Indalecio.)

«El amor no es, en último extremo—salvo inteligentes y aplaudidos casos de investigación previa en el Registro de la propiedad inmobiliaria—, más que una sociedad de bombitos mutuos constituida a espaldas del sentido común y de la carabina por un hombre que no sabe a donde ir, porque en casi todos los sitios han dado en la grosera costumbre de cobrar, y por una mujer que está harta de comer cocido y de que su papáito no le compre sombreros.»

Todo esto, naturalmente, hay que explicarlo.

De modo, compañero linotipista, que hágame el favor de agenciarse unos asteriscos en buen uso mientras prendemos un cigarrillo y meditamos.

* * *

El hombre que ha llegado a los treinta y cinco años dejándose por el camino un setenta por ciento del bello adorno craneano, vulgo pelo, y ajustándose progresivamente un cinturón de grasa—salvavidas de inquietudes, que dice nuestro querido y sagaz compañero «Sama», este hombre conoce perfectamente todas las siguientes amaruras:

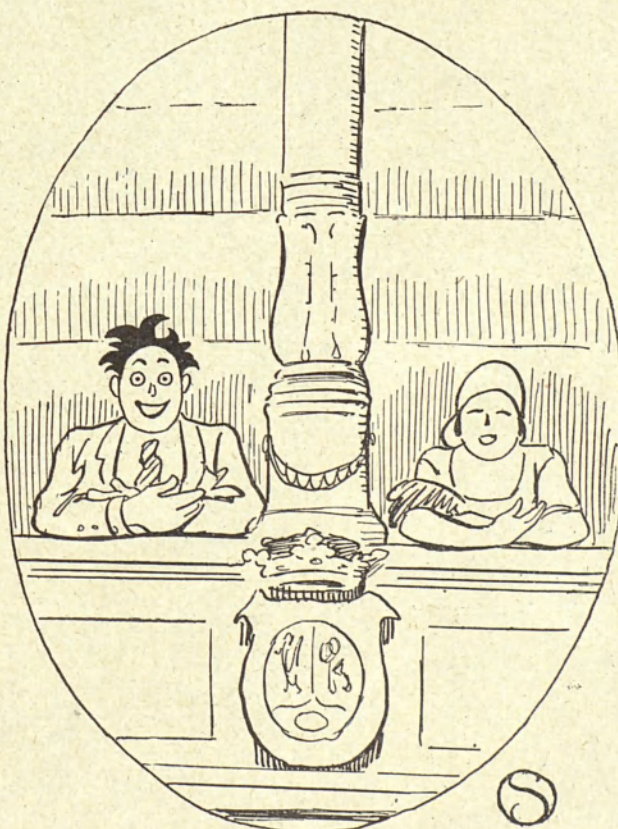
Primera.—Que la mujer es algo necesario para sus virajes bayonianos.

Segunda.—Que, como todas las cosas necesarias, la mujer cuesta suculentas e inaprehensibles pesetitas.

Tercera y última, por ahora.—Que sin la oportuna y apriorística posesión de las aludidas pesetitas, el hombre cruzará por delante del amor como el expreso de Francia por la estación de Pozuelo, esto es, sin que ninguna señorita lo detenga en mitad de la calle para colgarse de su cuello y exclamar con desesperación: «¡Ay, rico mío, qué hermosísimo y qué talentudo te trajeron tus papáitos de París el año de la Exposición!»

Que sepamos, este caso eternecedor no se ha dado ni se da, ni es probable que se dé jamás.

Exactamente igual que ocurre con el número 15.015 que llevo abonado desde



Dib. SILENO. Madrid.

que Ofelia de Aragón cantó la primera jota a los ejércitos invasores de Bonaparte, y que no sale ni para ver a don Pedro Rico con fajín.

Y, claro, como el hombre a los treinta y cinco años sabe todo esto, se apodera de él un excepticismo imponente. Y una tarde en que se desliza ingrátivo Montero abajo, sin otro proyecto de importancia que cruzar la Puerta del Sol, a la altura de «Singer» se cruza con una jovencita cursi ribeteada de lo mismo, que, a falta de más intensas emociones artísticas, se tima hasta con la estatua de Chapí saliendo del Niágara (que, dicho sea entre paréntesis, los días nublados produce escalofríos ver al pobre don Ruperto haciendo esfuerzos sobrehumanos para envolverse un poco más en la sábana).

Todavía faltan dos horas para irse a cenar.

Dos horas de ese reloj del aburrimiento que atrasa tanto, tanto...

El hombre mira a la jovencita, se rasca con voracidad una pantorrilla, encoge los hombros deportivamente y dice como Demóstenes en sus buenos días:

—¡Pst!

Y se pone a seguirla con el mismo entusiasmo con que seguiría la carrera de Ciencias sociales o a un entierro de sociedad, sin darse cuenta que a partir de este emocionante momento ha quedado constituido entre él y ella una monstruosa entidad moral cuyo único fin es engañarse mutuamente.

El, al verla, había pensado con sincera pena:

—¡Qué birria de muchacha! ¡Se le saltan a uno las lágrimas al ver tanta cursilería debajo de un solo sombrero!

Y ella:

—¡Cómo me recuerda ese pollo a los salmonetes y a Callejo!

Pero como estas atinadas y justísimas observaciones quedaron fuera del ámbito social recién alumbrado, él irriga los oídos de la muchacha con unas cuantas frases asépticas como:

—¡Cosas tan lindas no se encuentran más que en Madrid y en las excavaciones de Pompeya!...

Que ella devuelve por la atarjea interesante de su boquita en o de grifo.



—Ya sabes, mujercita, que estos días estoy bastante falto de memoria; así que no te asustes si no vuelvo esta noche a dormir.

Dib. BERNAD. París.

—¡Siempre había soñado que me amaría un príncipe rubio o un joven con «trinchera» acerdada, ay!...

Dando lugar a que la suegra en acecho intervenga en funciones de gerente de la recién nacida entidad, tirándole el harpón al versallesco primo:

—¡Niños, niños, formalidad!...

—Pero, señora, si yo soy más serio que un guardia de asalto...

—Yo ya sé lo que me digo, caballerito... Todos hemos sido jóvenes, y todos, ¡ay!, ¡hemos amado turbulentamente!...

Este es el tiro de gracia.

A partir del minuto en que semejante frase fué lanzada con ímpetu de harponero avezado, la cosa ya no tiene arreglo.

Sólo un kilométrico de treinta mil kilómetros y un vivo deseo de estudiar meticulosamente los usos y costumbres de los pueblos esquimales pueden impedir la catástrofe que se avecina.

Pero, desgraciadamente, somos pocos los que hemos sabido arrostrar a tiempo las incorrecciones de los osos blancos y del escorbuto...

La mayoría prefiere dejarse deslizar por la vertiente nevada de un noviazgo sin ilusiones, sin amor, sin una «stard» por lo menos, camino de ese Cercedilla de los abúlicos que es matrimonio.

Y así es como un hombre civilizado se encuentra, sin saber de dónde ni por qué, dentro de una americana de trencilla que le tira de las sisas y sin atreverse a decidir qué hace con un hongo inactual que ni siquiera puede acondicionarse en la cabeza porque le está muy pequeño.

Es el matrimonio que llega piando.

Es la tristísima ceremonia de la boda.

Es un asco tan considerable como para saltarse la barandilla del Viaducto en plancha, lanzando aterradoras carcajadas de feroz histerismo.

¿Ustedes han visto a Santacana en «El idiota»? Pues una cosa así, sólo que más idiota todavía.

L. PIELTAIN.

(1) La primera la publicaré en seguida que me dejen.

(2) Según unos, Moncayo; según otros—los menos—Shopenhauer.



EL SEÑOR QUE QUISO SENTARSE EN EL PARQUE

Historieta de FUENTE, Piedralaves,

CHUFLAS INOFENSIVAS DE "BUEN HUMOR"

En Barcelona hay personas
que hablan mal el castellano,
y, entre ellas, algunas donas

de esas de carácter... llano.
Yo a una chica conocí,
en cierto cine al que voy,

que para decirme: ¡sí!
la pobre me dijo: ¡noy!...

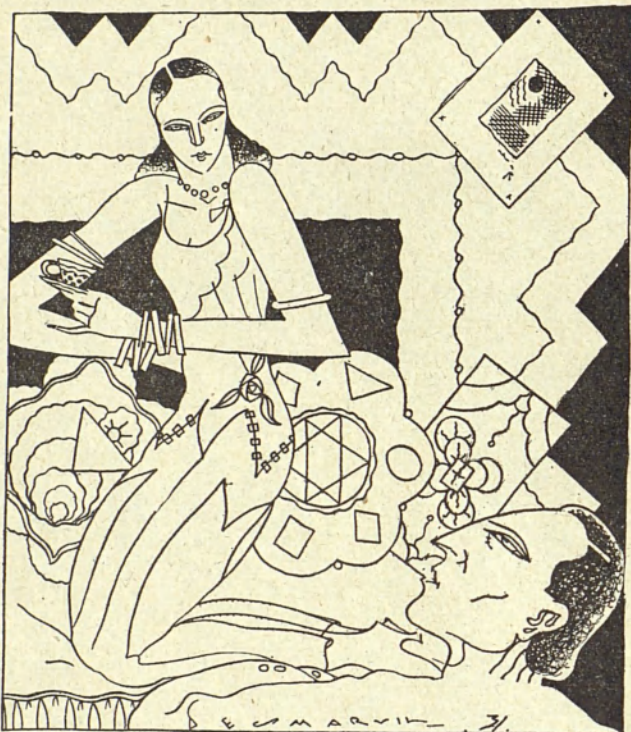
La mujer de Pedro Herrera
casó ayer a su hija Lidia.
y confesaba sincera:
—¡Ay, hija, te tengo envidia;
pues yo moriré soltera!...

Fué una vida cruel la de Balbina...
Tuvo amores con veinte capitanes...
Y sin lograr el premio a sus afanes...
acabó siendo sólo ¡carabina!

De ejemplo de previsión
se cita a Julián Rincón,
tendero de ultramarinos,
que una tienda de pistón
tiene en los Cuatro Caminos.
Ayer, un kilo al pesar,
dió sólo medio a la Patro,
y ésta dijo, al protestar:
—¡¡Sal a un camino a robar,
pero no salgas a cuatro!!...

En alta mar, cierto día,
tuvo un barco una avería
por culpa de un abordaje,
y pasó un miedo el pasaje
que era un miedo que se olía...
Y en medio de aquel belén
gritó el marino Senén:
—¡El barco está haciendo agua!..
Y el pasajero Luis Fragua
dijo: —¡¡Y nosotros también!!...

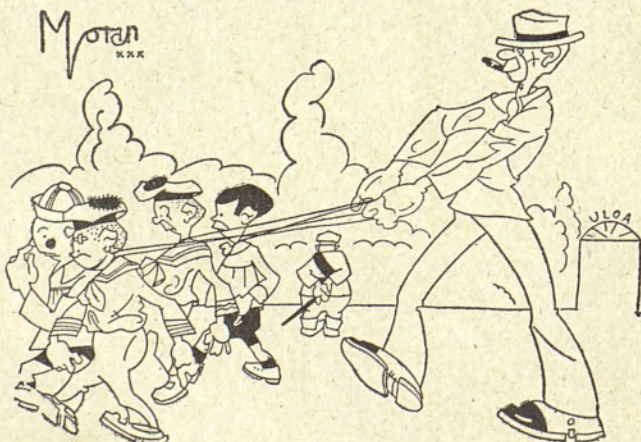
En el cementerio entré
la otra tarde, porque sí,
y juro que me asomé
de este epitafio que vi:
«Aquí yace Justo Enciso,
que fué jefe de la «claque»
en un teatro de empaque.
¡Murió y subió al Paraíso!..
Allí, por su virtud, mora
entre seráficas almas,



—Los sabios inventan los refranes y los idiotas los repiten...

—¿A qué sabio se lo has oído?

Dib. DESMARVIL. Madrid.



El conductor de traillas saca a sus hijos de paseo.

Dib. MORÁN. Madrid.

BUEN HUMOR

7

Feliz fué hasta en su última hora,
pues lo enterraron *con palmas...*

No os caséis jamás en el verano.
pues casarse en tal época, es malsano
Yo me casé...; pero hice lo que hacía
porque era *primavera* todavía...

El barbero Lucas Hugo
fué, en su oficio, desgraciado.
Y, al sentirse fracasado,
una plaza de verdugo
pidió, ya desesperado.
Y, en su cargo lamentable,
ejecutó a un miserable
criminal el buen barbero;
y, al hacerlo, dijo amable:
—¿Le hago daño, caballero?...

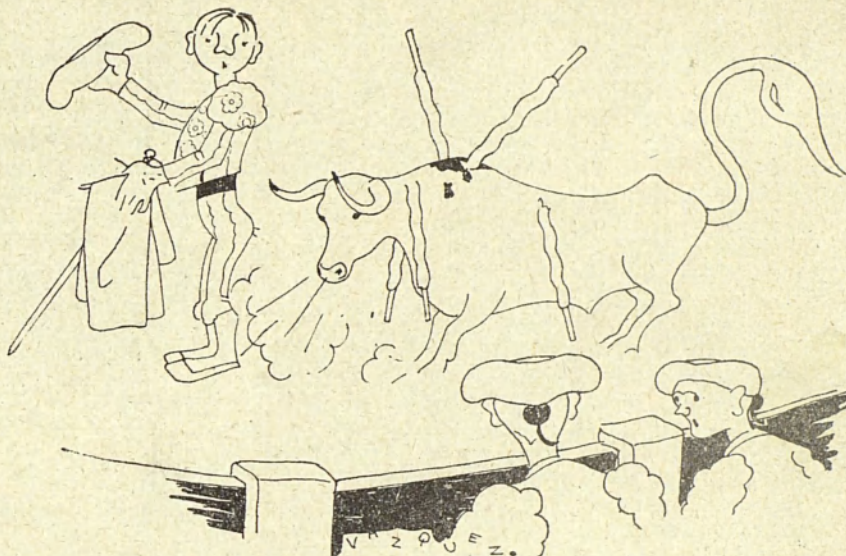
Pegó una atroz bofetada
su novia a Casto Lozano,
y el gritó con voz airada:
—¡Bien! ¡Ya no pidó tu mano!...

Después que a Maciá votaron,
veinte sardanas bailaron
en Sitges, cien catalanas,
y los que las presenciaron
la fiesta calificaron
de una lata de sardanas...

El boxeador Ruperto
pegó un trompazo a Daranas,
ilustre vista de Aduanas,
y al punto le dejó tuerto.
Y decía Pedro Lista:
—¡Daranas se ha fastidiado!
¡La Aduana le ha recusado
porque sólo es medio vista!...

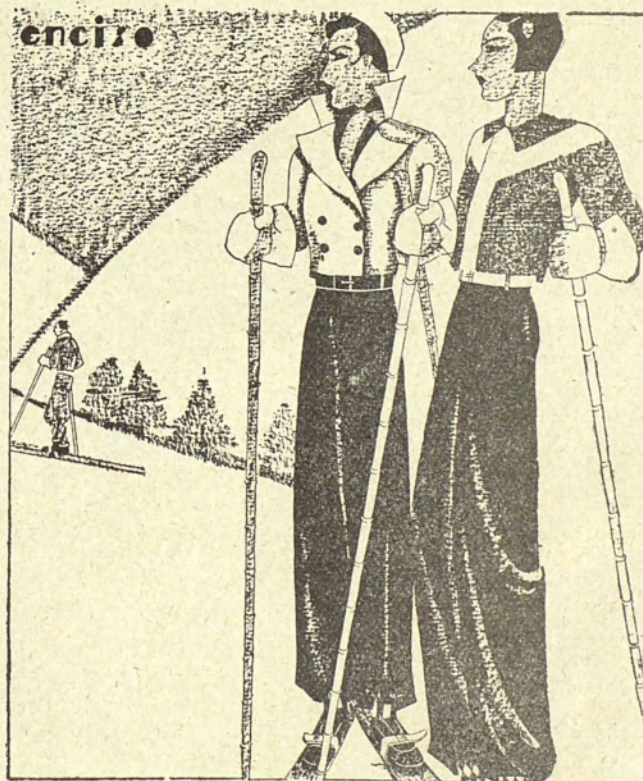
La Africana cantó en Vigo
el tenor Felipe Aldana,
y tan mal lo hizo el amigo,
que le gritó el guardia Plana:
—¡No cantes más *La Africana*!
¡¡Vente a la cárcel conmigo!...

ERNESTO POLO,



El torero (que no se ha dado cuenta de la presencia del toro).—Me parece que no voy a poder hacer faena. Estoy ya notando en las panto-
rrillas el airazo que se ha levantado.

Dib. VÁZQUEZ. Madrid.



—Mira, Polito; dicen que da un salto de catorce metros sobre la nieve.

—No lo creas. Es un embustero que siempre está diciendo bolas.

—Entonces, será una bola de nieve.

Dib. ENCISO. Madrid.

MIRA DONDE DAS

Hay un sentimiento en mí, independiente de la pusilanimidad ni de la cobardía, que me ha impedido, muchas veces, no quedar a la altura de las circunstancias cuando he tenido una disputa.

Es conocido el refrán de que el que da primero da dos veces y de que en las pendencias se debe madrugar.

Un amigo mío, que en aquella ocasión dejó de portarse como tal, me dijo textualmente: «Como resulte verdad lo que me dicen que has dicho, te mato.» Y añadió: «Mira si soy noble, te lo digo por si quieres madrugar.»

Yo agradecí la deferencia y no aproveché el ofrecimiento, y echándolo a broma, le dije: «Hijo mío, yo no madrugué ni para ir a la oficina, con que mucho menos lo voy a hacer para matarte, que, al fin y

al cabo, lo mismo puede hacerse a una hora que a otra!»

Desde luego, no trató ni de banderillearme; pero si llega a intentar cumplir su fatídico ofrecimiento, yo me hubiera defendido, pero nunca hubiera tratado de matarle, pues en absoluto me previene para estar dispuesto a este inhumano y desagradable hecho.

Esto quiere decir que, si alguna vez no he quedado del todo bien en los altercados, ha sido porque he tenido siempre la preocupación de que, al agredir a un adversario, pudiera hacerle más daño que el que merecía el motivo que nos hacía disputar.

Porque yo pensaba: «Yo le doy ahora un palo en la cabeza y le hago un chichón, y está bien, porque está en relación el daño con el empujón

que me había dado al pasar el individuo o el que le había dado yo, por el cual me había llamado bruto. Pero le rompo la base del cráneo y ya podía venir después un tribunal a disculpar mi hecho y a absolverme, dando como razón una legítima defensa que para mí el hecho era indisculpable».

Cuántas veces lo leemos: «Por quince céntimos matan a un hombre». La pena no corresponde al delito. Más de una vez tenemos que arrepentirnos hasta de las palabras que decimos en un momento de acaloro; cuánto más no nos habremos de arrepentir de llegar a vías de hecho que no sabemos las consecuencias que pueden tener.

Si conociéramos bien el cuerpo humano, sabríamos con exactitud dónde se hace mucho perjuicio con un golpe suave y dónde, en cambio, se puede arrear de firme sin que haya cuidado de perjudicar.

«En el culo, en el culo, que es donde no se hace daño», se oye decir a las madres muchas veces cuando pegan a sus hijos. Pero no es cosa que, para dirimir nuestras mutuas ofensas, vayamos a decir al que nos ofendió: «Vuélvase, que le voy a dar una azotaina!», ni mucho menos vamos a cogerle violentamente, le vamos a meter la cabeza entre nuestras piernas, y levantándole la americana, le vamos a propinar unos azotes.

Tal vez debiera haber un cuadro indicador de ofensas y castigos. Por ejemplo:

Por un pisotón, una bofetada en la mejilla sin bolear la mano ni coger el ojo.

Por quitar la novia, dos bofetadas boleando el brazo, cogiendo el ojo, pero respetando la niña.

Y así sucesivamente, para que, en estas pendencias leves, no se excediera uno nunca en la represión.

Claro que, defendiendo y queriendo imponer, con sus buenos oficios, la Sociedad de las Naciones, el pacto de «no agresión», no tendría nada de extraño que, en el porvenir, lo que hasta ahora sólo trata de imponerse a las naciones, se impusiera a los ciudadanos, y el que tuviera una cuestión, en lugar de tomarse la justicia por su mano, se dirigiera al tribunal arbitral, que en este caso sería de distrito, o tal vez de barrio, y allí dirimirían los pequeños conflictos, sin que, al que nos ofende, nos pisa un callo, o nos quita la acera, tengamos que tocarle al pelo de la ropa.



- ¡Señora! Deme algo de comer para este pobrecito.
- Aguarde que llame a mi marido.
- Gracias, señora. No soy antropófago.

Dib. SERNY. Madrid.

ANTONIO PLAÑOL.

Ayuntamiento de Madrid

UNA AVENTURA EN EL OESTE

(DRAMA DIALOGADO EN CINCO ESCENAS)



ESCENA PRIMERA

Una inmensa llanura. Al fondo, dos o tres casas y una corraliza, en la que hay hasta medio centenar de caballos. En la lateral derecha y en primer término, clavado en el tronco de un árbol, un cartel que dice: «Oeste americano. Emoción y heroísmo. Los jueves, grandes batallas campales. Hay ladrones de ganados y fiebres. Antes de entrar, comprese usted un par de revólveres y diez kilos de quinina.» Y, debajo, en letra bastardilla: «Se prohíbe terminantemente impresionar películas. Estamos más que hartos de que se originen tantos pateos por nuestra culpa.»

Por la lateral izquierda y a caballo aparece Tom, que se detiene y dice:

TOM.—Hemos llegado, «Luzbel». Unos pasos más y estaremos en el rancho «La Esperanza». («Luzbel», que es muy inteligente, mueve la cabeza como si asintiese.) Descansaremos esta noche y mañana continuaremos la marcha. Hay que apoderarse cuanto antes del tesoro indio. (El caballo repite íntegra esta última frase y ambos, caballero y cabalgadura, se dirigen hacia las casas que hay pintadas en la decoración.)

ESCENA SEGUNDA

El rancho «La Esperanza». Sentados a la puerta, varios hombres. Llega TOM.

TOM.—Buenas tardes, amigos.

CORO DE RANCHEROS.—Buenas tardes,

TOM.—Me llamo Tom y quiero hablar con vuestro amo.

UNO DE LOS RANCHEROS.—Bueno. (Y grita:) ¡Amo!... ¡Amo!... ¡Que aquí hay un individuo que quiere hablarle!

UNA VOZ DENTRO.—¡Voy en seguida!

(Media hora después aparece en la puerta de la casa un hombre delgado, de piel curtida, cejas espesas y cabellera cana. Es el amo del rancho.)

EL AMO DEL RANCHO.—¿Qué hay?

TOM.—Me llamo Tom y quiero hablar con usted.

EL AMO DEL RANCHO.—Bien, chico; te escucho.

TOM.—Voy camino de la Laguna grande y desearía descansar aquí esta noche y comer algo. A cambio de eso, si usted quiere, puedo matar a uno o dos ladrones de ganados...

EL AMO DEL RANCHO (En voz baja).—¿Cómo te has enterado de eso? ¿Quién te lo ha contado?

TOM.—No me lo ha contado nadie: conozco bien las costumbres de estas tierras.

EL AMO DEL RANCHO.—Pero es que aún hay algo más: mi hija Ketty, mi dulce hija Ketty...

TOM (Con aire de suficiencia).—Ha sido raptada; lo sé.

EL AMO DEL RANCHO.—¡Y así llevamos un año!

TOM.—¿Sospecha usted de alguien?

EL AMO DEL RANCHO.—No.

TOM (Con gran seguridad).—¡Yo prometo que la rescataré, aunque me cueste la vida!

EL AMO DEL RANCHO.—¡Qué importa que la rescates, si volverán a raptarla! La raptan todos los días, por la tarde, desde hace un año. Luego, al anochecer, consigue escapar y llega al rancho para echarse en mis brazos y llorar desconsolada. (Extrae de uno de los bolsillos del chaleco un reloj.) Son las siete. Dentro de diez minutos estará aquí.

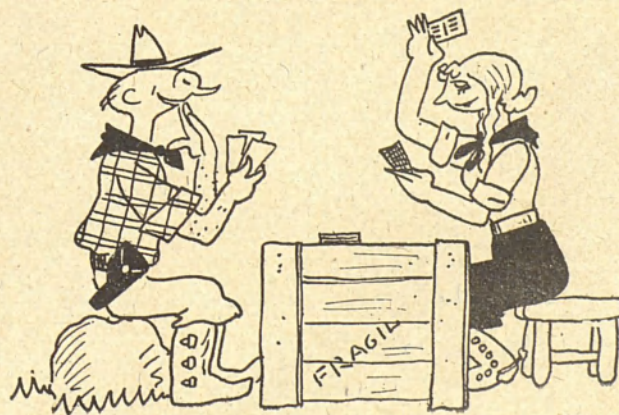
(TOM reflexiona durante unos segundos. El amo del rancho continúa.)

¡Es horrible! Esos miserables, no contentos con haberme despojado de toda mi fortuna, me roban diariamente a la más encantadora de las hijas. ¡Es horrible!

TOM.—No se preocupe, amigo mío; yo mataré a los raptadores y le devolveré su hacienda. ¡Palabra!

(Se estrechan la mano.)

CORO DE RANCHEROS (Comprendiendo la escena).—¡Hurra! ¡Viva Tom!



TOM.—Gracias, muchachos. Cumpló con mi deber.

(En este momento se oye el galope de un caballo e inmediatamente irrumpe en escena KETTY.)

KETTY (Arrojándose en los brazos del amo del rancho.)—¡Padre mío!... (Llora.)

EL AMO DEL RANCHO.—¡¡Hija!!

(TOM, sombrero en mano, presencia la escena con verdadera emoción. La angelical belleza de KETTY le hace prometerse no descansar hasta conseguir librarla de sus perseguidores.)

ESCENA TERCERA

Una habitación del rancho. Es de noche. KETTY y TOM juegan a las cartas y TOM pierde siempre.

KETTY.—Ahora le toca a usted.

TOM.—¡Ah, es verdad! Perdóneme. Estaba distraído.

KETTY.—¿Pensaba en el tesoro?

TOM.—Pensaba en usted.

KETTY (Ruborizándose.)—¡Oh! (Se lleva la baza.)

TOM.—Es usted una muchacha encantadora.

KETTY.—¡Por Dios! (Se lleva otra baza.)

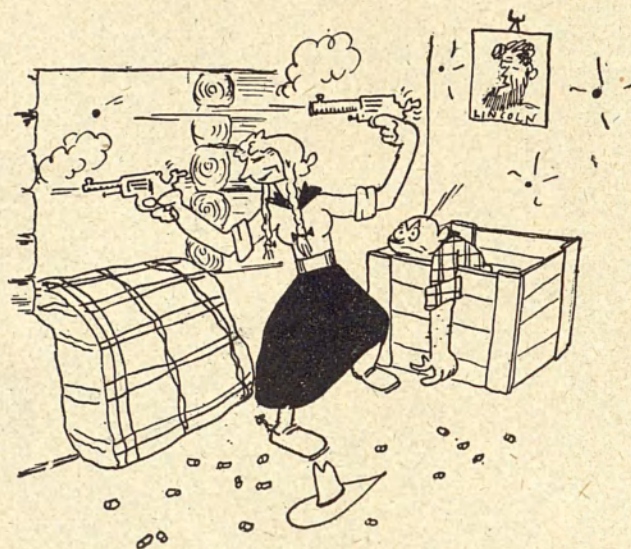
TOM.—En la que no se sabe si admirar más su belleza o su gracia ingenua. Yo he soñado siempre con una mujer como usted, Ketty.

(El amo del rancho sonríe complacido desde un rincón de la estancia.)

ESCENA CUARTA

Fachada posterior del rancho «La Esperanza». Son las cuatro de la tarde.

Lentamente se abre una de las ventanas del edificio y con gran sigilo salta por ella un hombre mal encarado, que lleva en sus brazos el desmayado cuerpo de la dulce KETTY.



El hombre mal encarado da varios pasos y se une a otro hombre, también de siniestra catadura. Entre ambos introducen el cuerpo de KETTY en un saco y emprenden la marcha a través de la campiña solitaria.

ESCENA QUINTA Y ULTIMA

Interior de un refugio construido con troncos de árboles.

Caída en el suelo la dulce KETTY. Entra en escena TOM, se dirige hacia el inanimado cuerpo de la joven, la incorpora suavemente y estampa en su frente un casto beso. Al ruido que produce éste, KETTY vuelve a la realidad.

KETTY.—¿En dónde estoy?

TOM.—En mis brazos, Ketty. No temas nada. ¡Te amo! (Y se besan.)

(Oyése, lejano, el galopar de varios caballos.)

KETTY.—¡Ellos! ¡Estamos perdidos! ¡Pronto, huye o te matarán!

TOM (Con gran energía.)—¡Nunca! ¡He jurado librarte de esos miserables y voy a hacerlo! (Empuña sus dos revólveres, pero KETTY se los arrebata.)

KETTY (Tiene el aspecto glorioso de las heroínas históricas. Se aproxima a la ventana y dispara los dos revólveres a un tiempo; contestan los de afuera y pronto se generaliza el tiroteo, interrumpido tan sólo por la voz de KETTY, que cuenta:;) ¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!... ¡Siete!... ¡Doce!... ¡Veintiuno!... (La dulce KETTY está transfigurada: el heroísmo pone en su rostro un gesto sereno que escalfaría. Al decir «Treinta y dos!», arroja los revólveres y se vuelve hacia TOM.) ¡Ya no hay que temer nada: han muerto todos!

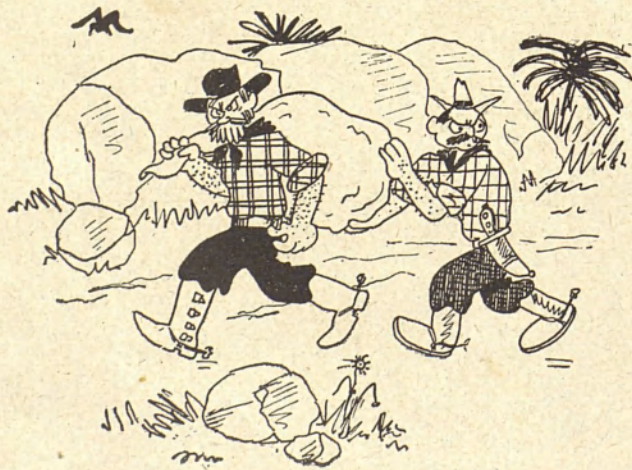
TOM (La mira en silencio. Luego, repite:;) ¡Todos! ¡No has errado ni un tiro!

KETTY (Con dulce sonrisa.)—¡Te amo! (Da varios pasos hacia TOM, que retrocede.) ¡Te adoro! (Algunos pasos más, a los que TOM corresponde alejándose de espaldas. En este juego TOM llega a la puerta, de un salto traspone el umbral y corre, enloquecido, hasta encontrar a su caballo, sobre el que monta ágilmente para desaparecer veloz, sordo a las llamadas amorosas de la dulce KETTY.)

Tom no buscará nunca el tesoro de los indios, oculto en el Oeste americano, junto al rancho «La Esperanza».

JOSÉ SANTUGINI.

Dibujos de Sama,





—Dígame, ¿se han perdido alguna vez los pasajeros cuando existe esta agitación líquida?
 —No, señor; siempre los encontramos al día siguiente.

Dib. CUESTA. París.



—¿Tu crees que es verdad que Lolita tenga veintidós años?

—¡Hace tanto tiempo que viene diciéndolo que habrá que creerla!

Dib. MONDRAGÓN. Barcelona.

¡VIVA EL DESARME!

Los más de los días
según lo que leo,
hay desgracias horribles causadas
por armas de fuego.

¿A quién se le ocurre,
donde hay pequeñuelos;
colocar y dejarse un revólver
en un vasar de esos
estrechos y largos
(o largos y estrechos)
de las piezas en donde a la lumbre
se pone el puchero?

Señores: conozco
la mar de sujetos
que no duermen sin una pistola
muy cerca del lecho,
y sé de algún socio
de Montecantueso
que su linda escopeta cargada
no quita de en medio,

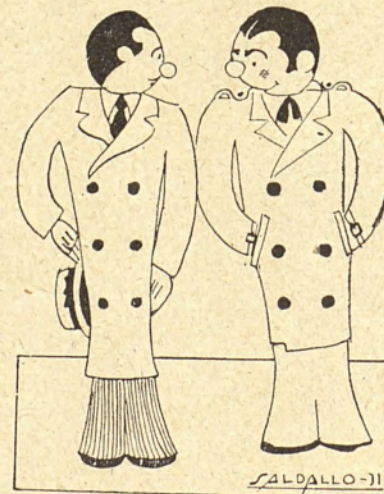
aun cuando sucede
que el escopetero
usa el arma tres días al año
cazando vencejos,
y que el de la rica
pistola, por miedo,
no es capaz de pegarle dos tiros
a un pobre cangrejo.

Hay mozo que suele
salir con objeto
de ir a ver a una amiga, o al cine,
o al bar, o a pesco, y
llevar consigo
(lo cual es molesto)
una buena pistola cargada.

Pero es más punible
¿Por qué? No lo entiendo.
salir tan telendo
y dejar al alcance de un niño
las armas de fuego...

sobre que sin tales
artículos creo
que se puede vivir, y no falte
quien quiera tenerlos
contra las caricias
de los pistoleros.
o por si desbarra la suegra
o abusa el casero
o algún poca-lacha
se arranca pidiendo
cinco duros... o cuatro pesetas
de un modo violento;
mas no es perdonable
quien deja tan fresco
por descuido un revólver cargado
sobre el fregadero,
o sobre la cuna
del hijo pequeño,
o en un plato de arroz, entre cachos
de pollo o de mero.
Queridos lectores:
¡vivamos contentos
sin motivo de hacer uso nunca
de tales objetos,
y solo tengamos
como arma de fuego
(«la badila»)... que dijo un gracioso
de allá de mis tiempos!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



—Pues chico, mi mujer no puede cocinar.

—¿Le sienta mal?

—No, me sienta mal a mí.

Dib. SALDALLO. Valencia.

¡SED SINVERGÜENZAS EN GORDO!

¡Haced las cosas en grande!... Este es un consejo, hijos míos, que va de vuestras entrañas a todos vosotros, hijos...

¡Sed, además, granujas, hijos míos!...

Este es otro consejo, lectores, que brota, como súplica, de nuestros entresijos paternales.

Los dos consejos, superpuestos, forman otro:

Sed granujas en gordo.

¡Sí, por Dios!... Os lo dice quien mira por vosotros y tiene ansia de ver que mañana sois hombres de provecho, lo que se dice aprovechados, hijos míos.

Al decir, como decimos nosotros, «¡hijos míos!», a vosotros, lectores, hablamos. Nosotros sentimos por vosotros un enternecimiento paternal consolidado. Hemos velado siempre por vosotros: el buen humor que tenéis, nosotros os lo hemos dado; y el buen humor, hijos míos, es la vida. Vosotros, a su vez, acudís en nuestra ayuda y procuráis sostenernos, como hacen los hijos fieles... Ese es el buen ejemplo: los padres dan la vida y el consejo; los hijos, luego después, subvienen—digámoslo así, ¿por qué no decirlo así?, no todas las palabras que empleemos han de ser palabras bonitas—, subvienen—digámoslo así—a nuestras necesidades.

Por eso queremos nosotros ofrecer las máximas mejores que a nosotros nos ha dado la experiencia. Esta máxima de ahora:

¡Sed sinvergüenzas en gordo! No hay nada en este mundo que dé tan provechosos resultados. Es una verdad como un templo; y, como los templos, antigua; pero ha tenido ahora, en estos días, una corroboración de actualidad tan sabrosa como brillante.

Habréis oído hablar, hijos carísimos, de un banquero francés llamado Oustric. No queremos causaros la ofensa de suponer que ignoráis quién es Oustric, porque, de ignorarlo vosotros, tendríamos nosotros que explicar quién es Oustric, y nosotros no sabemos, en rigor, quién es Oustric y qué ha hecho,

Sabemos, sin embargo, lo siguiente:

Que Oustric era banquero.

Que gastaba millones de francos.

Que estaba, por lo tanto—por su tanto y por su cuanto—rodeado de magnates y magnates, especialmente políticos...

Que su influencia en los medios oficiales era extraordinaria.

Que un día ¡cataplum! Oustric ingresó en la cárcel.

Y que el ingreso en la misma no parece que fuera debido a petición del propio interesado.

Oustric ingresó en la cárcel por imposición ajena, ya que las imposiciones bancarias de su banco imponían tal medida y ya que los gritos que daban los imponentes del banco eran también imponentes, como suele suceder en estos casos.

El proceso sobrevino, y—como suele suceder en estos casos—los magnates y magnates llamados para deponer en el proceso, no hicieron, al deponer, más que revelar porque-rías.

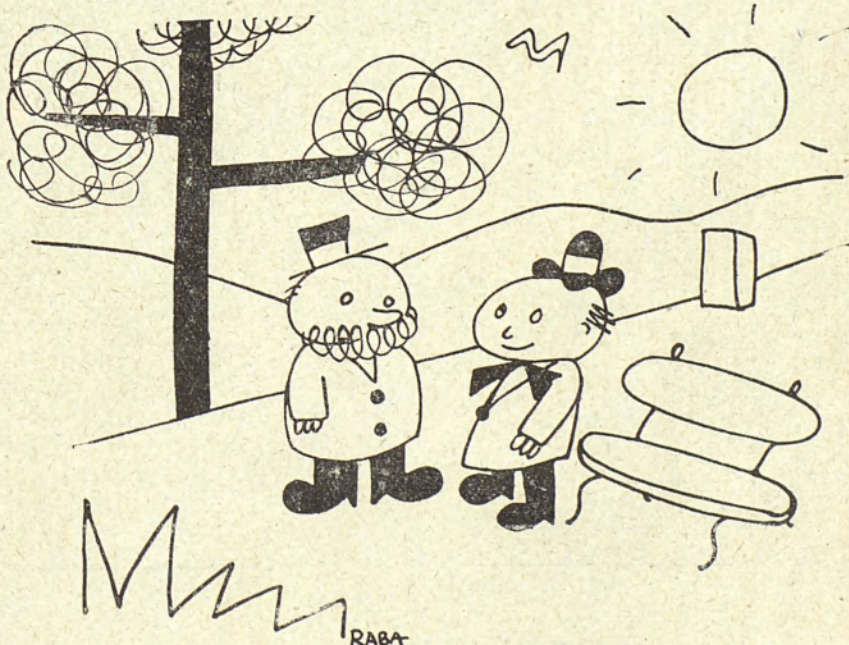
Oustric seguía en la cárcel.

Su salud se resentía. La República francesa no ha conseguido una Victoria, como la Victoria (Kent) que ha conseguido en España nuestra española República, y no están, pues, las cárceles de Francia, en el estado de progreso y de confort que, han hecho de las cárceles de aquí, cárceles modelo. Las cárceles de Francia no son precisamente sanatorios, y Oustric, encarcelado, iba sintiendo que perdía su salud con la misma acelerada rapidez con que había perdido su dinero.

Lo hizo notar y ¡nada!... No le permitieron, por eso, salir a tomar el aire...

Podrán, apoyándose en esto, deciros, hijos míos, lo de siempre: «Ya véis que en el pecado se lleva la penitencia... El vicio entraña el castigo... No hay deuda que no se pague... La ambición rompió los sacos»...

¡No hagáis caso, por Dios, hijos míos!... Oustric estaba en la cárcel y purgaba, al parecer, los delitos co-



—Chico, el otro día me contaron un chiste graciosísimo; tan gracioso era, que ya me he olvidado del chiste y todavía me estoy riendo.

Dib. RABA, Santander.

metidos; pero al parecer tan sólo... Llegó un día en que—¡parbleu!—se encontró el banquero en la calle...

Lo que oís, amados hijos... Oustric, que no había conseguido libertad cuando alegaba razones, se encontraba de la noche a la mañana—cuando ya no insistía—conque le abrían las puertas de la celda, y de la cárcel, y le suplicaban casi—y hasta sin casi—, obsequiosos, corteses, imploradores incluso: «Por Dios, señor Oustric, ¡salga usted a la calle cuanto antes!»...

¿Qué es lo que había pasado?

Pues esto, carísimos hijos;

Nuestro admirado banquero tenía asegurada su existencia en una Sociedad de gran empaque y la tenía asegurada por la suma, por la bonita suma—¡ya lo creo!... «bonita» es poco; ¡preciosa!—de cinco millones de francos.

Una vez en ruina el banquero, no era de esperar que pagara a la Sociedad la anualidad correspondiente al año actual, anualidad que, en efecto, ascendía a una cantidad exorbi-

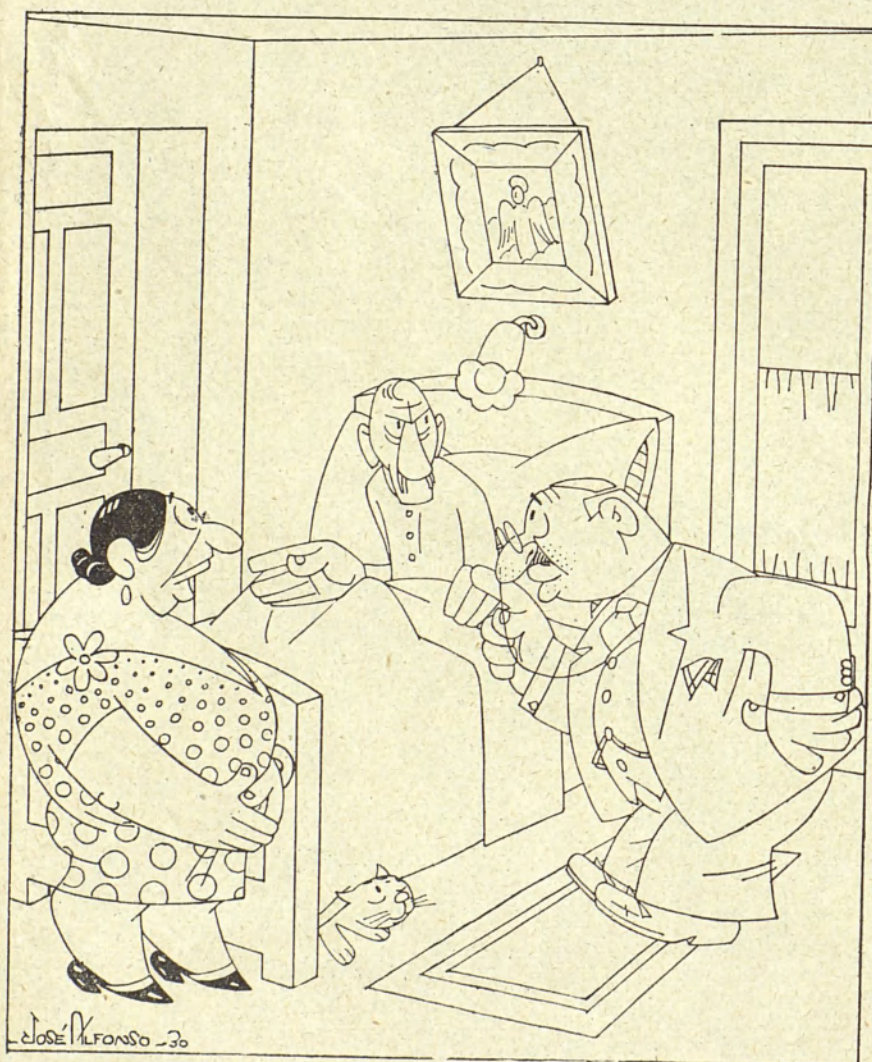
tante que no cabe en la celda de un presidio. Oustric no había pagado, y la Compañía veía, por lo tanto, con perfecta tranquilidad, que su ex brillante asociado enfermaba en la prisión con síntomas alarmantes. No habiendo pagado Oustric la cuota correspondiente, no tendría que abonar la Compañía ni un sou, ni un petit-sou, al fallecimiento del mismo.

Pero hete que, de pronto, una mano desconocida se acerca a la ventanilla de la Compañía de Seguros y paga la anualidad, cuando menos lo esperaban...

El inmueble de la Compañía de Seguros dejó de ser inmueble del salto que pegó cuando se enteró de lo ocurrido y se dió cuenta de que todo cambiaba en un instante; si Oustric enfermaba ahora, corría peligro de muerte, y si Oustric moría ahora, corrían ellos peligro de perder cinco millones...

Y entonces fué cuando dijeron al banquero: «Pero, por Dios, ¿qué hace usted que no se va de la cárcel?... No siga usted en presidio, caballero; ¡pues no faltaba más!... ¡Con lo malsano que es esto!... ¿No comprende que puede enfermar y morir-se?... ¡Qué imprudencia!... Tenga usted un mandamiento judicial en donde se le pone en libertad... No es este mandamiento ninguno de los diez; es otro; es el undécimo; pero hay que cumplirlo igual, o más si cabe, que cualquiera de los otros... Cúmplalo instantáneamente y ¡váya-se a paseo!... ¡al campo!... ¡al aire libre!... Donde usted se ponga fuerte y en disposición de vivir años y años... Usted debe vivir... se debe usted, señor Oustric, a la justicia... No puede usted eludirla... y, morirse, sería desertar... huir... ¡Eso, jamás!... Consérvese usted bueno, señor nuestro, cuya vida guarde Dios pero que muchísimos años»...

No olvidéis, hijos míos, la lección... Si queréis tener la vida, lo que se dice segura, asegurarla bien en gordo, en cinco o seis millones como mínimo; lo demás...



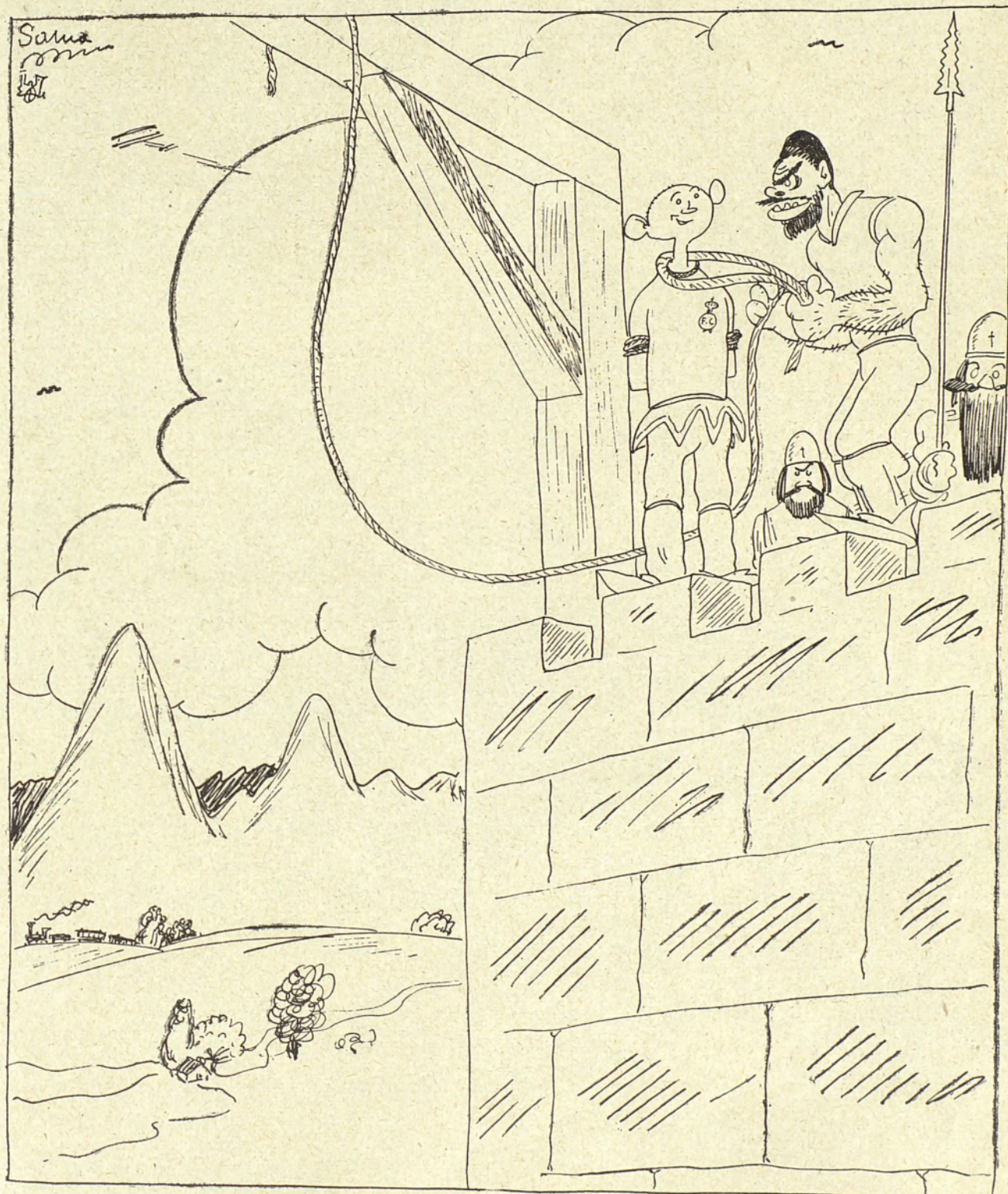
¡TENIA QUE OCURRIR!

—Usted tiene varias piedrecillas en el riñón.

—No me extraña, doctor. ¡Es la costumbre que tiene mi mujer de no quitarles las piedrecillas a las lentejas...!

Dib. JOSÉ ALONSO. Sevilla.

MANUEL ARRIL.



EL REO.—Haga el favor de hacer bien los nudos. No se vayan a soltar y me caiga y me mate.

Dib. SAMA. Madrid.



DEL BUEN HUMOR AJENO



MATIAS ROJTOS HACE LA PAZ SEPARADA

Por FRANCISCO HERCZEG

Matías Rojtos es de Jakabszállás. Niko Milenko habita en el pueblo de Voronkov, distante del anterior cerca de mil kilómetros.

Hay diferencia de carácter entre las gentes de Jakabszállás y las de Voronkov, por pertenecer a distinta nacionalidad.

Si, por ejemplo, delante de la casa de Milenko, en Voronkov, un carro se atasca en el barro y el carretero está ya ronco de tanto gritar, entonces el viejo Milenko sale a la puerta y dice amablemente:

—¿Por qué te enfadas, amigo? ¿Quizá porque el agua de la lluvia ha humedecido el suelo? ¿Preferirías tal vez que el agua no pudiese humedecer el suelo? Piensa bien, amigo, qué es lo que sucedería entonces...

Y en una verdadera conferencia explica las terribles desgracias que descargarían sobre la humanidad si el agua no pudiese humedecer el suelo.

Pero si el carro se atasca en el

barro delante de la casa de Matías Rojtos, en Jakabszállás, éste exclamaría:

—¡Caramba, idiota! ¿Cómo tienes el caballo mojándose?

Cuando se declaró la guerra, Andrés, el hijo de los Rojtos, se incorporó a los artilleros húngaros, mientras que Vlada, hijo de los Milenko, figuró entre los cazadores de la guardia de Kharkov.

Vlada no sabía leer, pero el pope del batallón le había explicado que los alemanes habían escupido a Jesucristo, mientras que los húngaros habían ultrajado a la Virgen María.

Los padres, en las tabernas, se enorgullecían de sus hijos, los soldados; pero la verdadera guerra no la hacen los hombres, sino los corazones de las madres. Si los sufrimientos de las madres durante la guerra se juntasen en una nube, los rayos del sol no llegarían jamás a la tierra.

Un buen día llegó a Jakabszállás la

funesta noticia de que una fortaleza polonesa había capitulado, y los rusos habían hecho prisioneros cien mil hombres de los nuestros, y entre ellos se encontraba también Andrés Rojtos.

—Los enviarán a Siberia, a las minas de plomo—decían los ciudadanos que jugaban a los bolos.

Durante todo un año no hubo ninguna noticia de Andrés. La señora Rojtos, muy triste siempre, continuaba guisando la comida, dando de comer a los animales y barriendo el patio.

Matías Rojtos perdió la costumbre de hablar, y su mujer no le escuchaba más que gritos breves y severos.

Porque Matías Rojtos pertenecía a esa clase de hombres cuya sangre transforma el dolor en rabia. Y como el zar de Rusia no estaba entre sus manos, ¿con quién podía sentirse grosero si no era con su legítima esposa?

Cerca de Navidad, el correo trajo una carta extraña, con toda clase de sellos y matasellos. Era Andrés, que escribía desde Rusia. No estaba en Siberia, sino en el pueblo de Voronkov. Trabajaba en casa de un campesino llamado Milenko, que estaba bastante bien, que le daban comida abundante y que tan sólo algunas veces le faltaba tabaco; que también tenían un hijo soldado, que se llamaba Vlada Milenko, y que había sido hecho prisionero por los húngaros.

—Bueno, también el ruso es un hombre—dijo Matías Rojtos, y aquel agradable descubrimiento le reconcilió con su propia mujer.

Un día de primavera anunciaron en Jakabszállás, a son de tambor, que los pequeños propietarios podrían tener prisioneros de guerra como «fuerza económica». Desde que había memoria, aquella era la primera disposición gubernamental que había recibido la aprobación de Matías Rojtos.

Al domingo siguiente fué con su mujer a la villa para buscar a su ruso. Las «fuerzas económicas» se alineaban en el patio del cuartel. Eran hombres vestidos de oscuro, grandes



LA AUTORA DE LA BELLEZA

—Aquí, donde usted me ve, soy la autora de los preparados para dar belleza.

—¿Quién lo dijera! Se conoce que tropieza usted con un mundo de incrédulos, porque no se ha visto bien en el espejo.

y bien hechos, sólo que su rostro tenía el color de los eslovacos; parece que el sol no quería tostarlos. Un pequeño gendarme, que leía la lista de los prisioneros, exclamó:

—¡Vlada Milenko!

Se presentó un muchacho alto y rubio.

—¿Será éste—dijo Rojtos—el hijo del amo de Andrés?

Matías Rojtos sabía lo que era preciso hacer en todas las circunstancias de la vida, y tocando con el mango de su pipa el pecho del mozo, le preguntó:

—¿Voronkov?

—¡Voronkov! ¡Voronkov!—afirmó él, completamente feliz al oír el nombre de su pueblo natal.

Los señores que distribuían los prisioneros comprendieron que no era posible separar a aquellos dos hombres.

Y los Rojtos partieron con su ruso.

Subieron al coche, y cuando Vlada tomó en sus manos las bridas, Rojtos vió al momento que sabía manejar admirablemente los caballos. Ni una sola vez se servía del látigo, y, según la costumbre rusa, hablaba antes al caballo, lo que a Matías Rojtos le parecía muy bien. Únicamente no aprobaba el que el mozo dijese «¡Br!», pues un animal húngaro no comprende eso.

La «fuerza económica» era un muchacho cariñoso y bueno, que realizaba su trabajo como es debido. Antes del almuerzo se persignaba siempre, y después comía todo cuanto veía en el plato. Quería a los ancianos Rojtos como si fuese su propio hijo. Es decir, seamos francos: los respetaba un poco más, pues cuando Andrés estaba en la casa y su padre le gritaba, él respondía a gritos también.

El primer domingo, Rojtos llevó a su prisionero a la taberna. Le hizo servir café negro y también le dió un cigarro con una larga boquilla. Permanecieron allí sentados durante dos horas, y apenas charlaban, gozando más bien del placer de estar en



—¿Cómo es que me cobran alumbrado eléctrico, si no hay electricidad en la casa?

—Es para poderla instalar.



ES UN PRODUCTO DE

**LOS PERFUMES
DE TASARA**

BADALONA

OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO

ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL



Un peluquero servicial

D. Antonio Martínez, desde muchos años peluquero de Barcelona, ha podido comprobar por sí mismo y en varias aplicaciones a sus clientes, las sorprendentes cualidades de la siguiente receta que puede prepararse fácilmente en su casa, con la que se logra de modo efectivo oscurecer los cabellos canosos o descoloridos, volviéndolos suaves y brillantes.

«En un frasco de 250 grs. se echan 30 grs. de agua de Colonia (3 cucharadas de las de sopa), 7 grs. de glicerina (una cucharadita de las de café), el contenido de una cajita de «Orlex» y se termina de llenar el frasco con agua».

Los productos para la preparación de dicha loción pueden comprarse en cualquier farmacia, perfumería o peluquería, a precio módico. Aplíquese dicha mezcla sobre los cabellos dos veces por semana hasta que se obtenga la tonalidad apetecida. No fíñe el cuero cabelludo, no es tampoco grasiento ni pegajoso y perdura indefinidamente. Este medio rejuvenecerá a toda persona canosa.

la taberna. Al llegar el crepúsculo volvieron a casa, y como el viento soplabá muy fuerte, se sentaron a descansar en una gran pila de paja.

—Oye, Vlada—dijo entonces Rojtos—, nosotros dos podríamos hacer la paz.

—Claro está, claro está—afirmó el ruso.

Pero pronto se vió que no sabía gran cosa de qué se trataba, pues preguntó:

—¿Cómo entiende usted eso, señor amo?

—Que en adelante tú no dormirás en la cuadra, sino en el cuarto, y como veo que tus botas están rotas, puedes llevar las de Andrés. Te daré tabaco, todo el que quieras, y el domingo iremos los dos a la taberna. Y si tú sientes deseo de tocar la música, puedes servirte de la armónica de Andrés. ¡Pero que los tuyos traten del mismo modo a mi hijo en Rusia!

Vlada no sabía escribir; pero hizo

que el notario le escribiese una carta en alemán. En Voronkov hay campesinos emigrados alemanes, y uno de ellos la traduciría a Milenko. El mismo Vlada dictó las condiciones de paz, y como no tenía en su casa una armónica que pudiera ofrecer a Andrés, le comunicó que, si se aburría, podía los domingos por la tarde ir a ver a su novia, Katia; ella hablaría con él.

Al cabo de algunas semanas llegó la respuesta. Los Milenko aceptaban todas las condiciones de paz. Andrés Rojtos dormía ya en la cama de Vlada y llevaba su ropa. Y en lo que se refería a Katia, ya estaba arreglado; Andrés conocía el camino de su casa, e iba a charlar con ella no sólo los domingos, sino también los días de la semana.

Andrés escribió también una carta, diciendo que tenía ya bastante tabaco y que a mediodía le daban coles rellenas. La señora Rojtos correspondió haciendo tortas de torreznos, tan buenas, que Vlada—según su costumbre rusa—se persignó primero, y después—porque comenzaba ya a tomar costumbres húngaras—mostró tanta alegría, que lanzó al aire algunos juramentos.

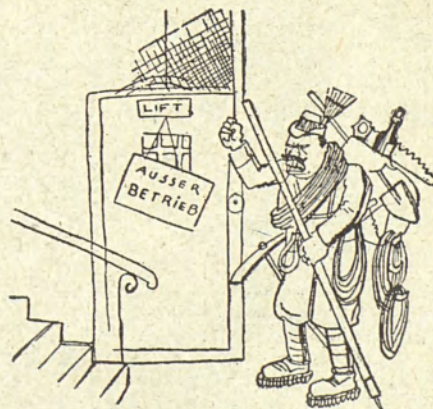
Y de este modo, a espaldas de los reyes y de los grandes señores, por encima de la cabeza del mundo entero en armas y a mil kilómetros de distancia, dos campesinos se habían dado la mano en señal de paz.

Una noche, el notario se detuvo ante la casa de los Rojtos.

—¿Sabe usted, señor Rojtos, que hablaban de hacer la paz separada con Rusia?

El dueño hizo con la mano un gesto de superioridad y dijo:

—Yo ya no espero eso. Yo ya he hecho la mía.



LA VUELTA A CASA DEL
ALPINISTA

—Ahora sí que me he lucido.
No funciona el ascensor.

(De Nebelspatter, Zurich.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicar se los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el **Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

ENTRE AMIGOS (EN MADRID)

—Bueno, ya sabe usted que aquí tiene un amigo... Dos Amigos, 3.

Pedro Meléndez (Barcelona).

—Mi querido amigo: no dudo me prestarás 100.000 pesetas. Me encuentro apuradísimo. Bien sabes que siempre he guardado para ti los recuerdos más sinceros.

El otro.—Toma... y te agradeceré que los recuerdos sean más sinceros; ¡mucho más sinceros!

L. Sibrana (Alhucemas).

—¿Cuál es el colmo de un jorobado?

—Ser recto en todo.

Pinfano (Melilla).

—Tu novio sería más guapo si tuviera el pelo ondulado...

—Pues no lo tiene porque no quiere, porque antes tenía un pelo con más ondas que un aparato de radio...

—¿Y por qué no lo lleva ahora ondulado?

—¡Ah, hija, porque se ha hecho el «alisado» permanente!

Hércules (Enguera).

Un sastre, al que le han dado el notición de que su esposa le engaña, llega hecho un «basilisco» al domicilio conyugal, y, en efecto, la sorprende en brazos de otro.

El premio correspondiente al chiste del número anterior, ha sido declarado desierto.

Entonces saca un escandaloso puñal, y tras registrar largo rato sus bolsillos, dice al asustado intruso con rabia mal reprimida: «Si no me hubiese dejado el dedal en el taller, ya estaría usted «cosido».

Tranquilo (Zaragoza).

—¿En qué se parece el trigo a un tambor?

—En que el trigo es para pan, y el tambor ¡para pan!, ¡para pan!, ¡para pan! ¡pan!, ¡pan!...

Francisco Carmona (Ceuta).

El profesor a una niña.—¿Puede usted citarme, señorita, algún mamífero que no tenga dientes?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—Mi abuela.

Carmen Hurtado.

En una sombrerería pretende adquirir un sombrero un individuo de cabeza esférica y enorme.

Como no le está bien ninguno de los que le prueban, echan mano al conformador.



—Dime, Juan; si la barca se fuera a pique, ¿a quién salvarías primero, a Juanito o a mí?

—A mí...

(De Le Rire.)

Pero éste se le queda en la coronilla, a pesar de estar dos dependientes apretándose.

En vista de tan anormal situación, saca el dueño la cinta métrica, y aplicándole un extremo a la frente, le da el rollo al muchacho y le dice: «Da'le la vuelta y no te tardes mucho, que aquí te aguardo.»

Emilio Mascort (Sevilla).

El juez.—Ha sido usted arrestado quince veces por robo. ¿No puede usted dejar ese vicio?

El acusado.—¡Es mi único medio de vida!

Benito (Soria).

CASA DE LAS PANTALLAS

Preciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene Romero.

ROMERO.—Fuencarral, 68

La joven y guapísima marquesa: ¡Lili, Lili mío! ¿Quién te quiere a ti? ¡Ven, Lili; ven!

El viejo y decrepito marqués: ¿Qué quieres, encanto de mi corazón?

La marquesa: Nada; perdona tontín. Llamo al perrito.

Manuel Álvarez Miranda.

La mujer al marido, que regresa de la farmacia, en donde se ha pesado.—¿Qué, te has acordado de quitarte, antes de pesarte, el abrigo y la americana?

El marido.—Sí; pero lo que no me he acordado de quitarme ha sido el peso de los años.

E. H. (Barcelona).

CANA



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente.

De venta en todas partes

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA



—Todas las noches, antes de acostarme, anoté mis pensamientos en un cuader. no que compré hace un año.

—¡Oh! Ya debe usted de tener casi una página llena, ¿eh?

Un amigo trataba de consolar a otro a quien habían robado la cartera:

—Desengáñate, hijo, le dijo, las cosas se van conforme vienen.

Licenciado San Román.

EN UNA TIENDA

—¿Me hace usted el favor de cambiarme este duro? Se lo agradeceré, porque no llevo suelto.

—¡Es falso!

—¡Hombre, regístreme y se convencerá!

Enrique Lázaro.

—¿Por qué no te cambias a un piso de veinte duros si no puedes pagar el de setenta donde vives?

—Porque tampoco podría pagarlo, y precio por precio, prefiero vivir con holgura.

El amo del campo sonríe satisfecho.—Barcelona.

Corrúpiez se está afeitando y lanza de pronto un agudo grito. Su mujer, alarmada, le interroga:

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, mujer—le responde Corrúpiez—; que me he afeitado a lo Marconi.

—¿Cómo?

—Sí, mujer; con una navaja sin f-hilo.

Arturo Liendo (Bilbao).

«QUE ESTA NO VALE»

El padre Don Ismael desde el púlpito decía que, era tan pecador él, como todo el que le oía. «Ahora os demostraré quién es el más pecador; y los ojos cerraré para hacerlo con fervor: Una bola de papel lanzaré sobre el espacio, y el sacristán, Bonifacio, verá al pecador aquél.» El ejemplo mal le sale, porque la bola rechaza, le da a él, y, con gran cachaza, replica «que ésta no vale».

León Cembrano (Madrid).

ENTRE AMIGOS

—El otro día fui a pescar y pesqué un besugo que pesaba cinco kilos.

—Pues yo pesqué una «merluza» que no podía con ella.

José Santos Chaves (Bilbao).

Juanito al novio de su hermana:

—¿Me deja que me suba en sus rodillas señor Rodríguez?

—¡Cómo no! ¿Quieres tirarme del bigote?

—No. Quiero ver si encuentro la palabra.

—¿Qué palabra?

—Como mi hermana dijo que no hay más que mirarle a usted para ver que tiene escrita la palabra «pavo» en la frente...

Benjamín López (Madrid).

En un departamento de un vagón de tercera, entre otros viajeros, va un gallego.

—¡Uff! ¡Qué olor más nauseabundo! A alguno le sudan los pies.

—A mí, señora—dice el gallego.

—Yo le daré una pomada que quita ese olor. ¿Usted se lava los pies?

—Esa «melecin» no «uséla» nunca.

Arsenio Vinagre (Madrid).

La esposa de un marinero se cayó al río. El esposo, cuando lo supo, lió un cigarro, dió una chupada, y se fué río arriba. El que le dió la noticia quedó muy asombrado de esta actitud y le dijo:

CUPON

Correspondiente al núm. 511 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

—¡Eh, marinero! ¿Quiéres salvar a su mujer?

—¡No he de querer, hombre!

—Pues búsquela río abajo, que le corriente debe haberla llevado en esa dirección.

—¿Río abajo? ¡Quiá! Mi mujer tiene un genio de mil demonios, y sólo por llevar la contraria al agua debe haber ido río arriba.

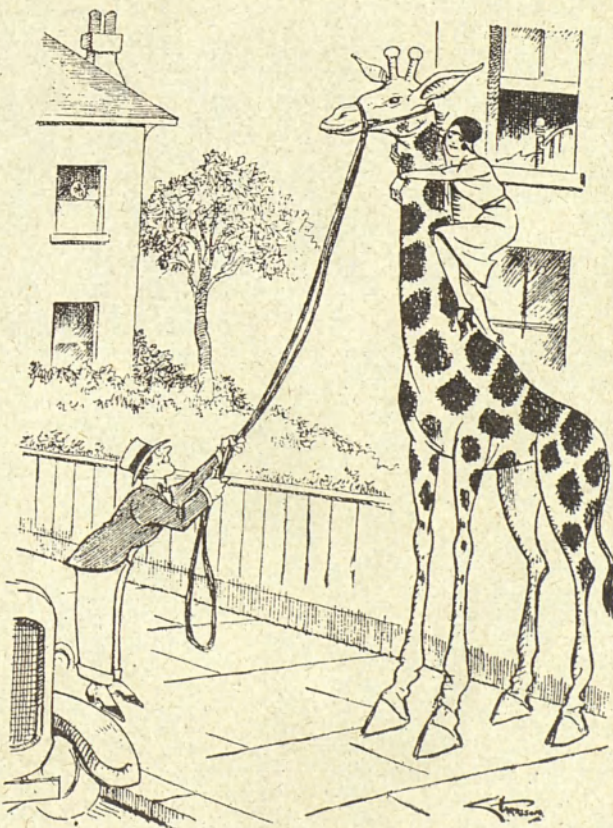
J. Cañellas (Barcelona).

EN UN EXAMEN

—Vamos a ver, niño. ¿Cuántas clases de hermanos hay?

—Cuatro: hermanos carnales, hermanos espirituales, hermanos lácteos y hermanos Quintero.

Alejandro Salced (Madrid).



La hija del dueño de la menagerie se fuga del hogar paterno.

(De London Opinión.)

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

E. T. G. (Barcelona).

Ese palo que «usté» atiza a esa Institución, no es justo; y, a más de ser de mal gusto, le expone a «usté» a una paliza y a nosotros a un disgusto.

¡Al disgusto de ver cómo le arreaban a usted «candela», sin que nosotros lo pudiésemos evitar; porque, que no nos poníamos en medio, eso es viejo!...

G. T. R. (Cuenca).—Las desgracias de don Facundo no han acertado a dar con nuestra fibra sensible. Es sensible (la fibra y el resultado), pero qué se le va a hacer.

Heriberto de la Huerta (San Sebastián).—Al final de su artículo nos autoriza usted para enmendar lo que no nos guste de él. Pero el triste caso es que no nos gusta absolutamente nada. ¡Usted dirá qué hacemos, ante tan tremendo conflicto!

A. C. H. (Cáceres).

No nos ha gustado nada «El perfil de Torquemada».

Mándelo usted de frente, a ver si nos parece mejor, que es muy posible que nos parezca igual.

S. L. P. (Valencia de Alcántara).—Eso es una cosa de escásima importancia y enjundia. Algo así como la cuenta de la lavandera, que sólo le interesa al cliente que la paga (o que la debe).

V. G. R. (Zaragoza).—Es asaz sencillito su «Canto a la viudez». Eso, allá por el año de 1897, nos hubiese gustado mucho a todos. Pero en la época del «jazz-band», del radiófono y del comunismo, resulta un poco «frappé». ¿No le parece?

L. T. J. (El Escorial).—¡Por vida de Felipe III!... ¡Otra vez (¡y van cien mil!) que no coincide usted con nuestros gustos!... Usted debe de estar ya hasta el pelo, ¿no es cierto?... ¡¡Nosotros también!!...

S. M. B. (Madrid).—Sus satinadas cuartillas no tienen más mérito que ese: que son satinadas. Bien es verdad que lo que en ellas se dice también es suave. En fin, que es todo de una tersura que conmueve. ¡Lástima grande que no podamos publicarlas, pero no nos atrevemos por la multa suavisima que se nos vendría encima si osásemos hacerlo!

M. S. R. (Madrid).—No puede ser, amigo. No ha nacido usted para hacer versos picarescos ni cuentos humorísticos, como yo no he venido al mundo para llevar redequilla ni para bailar el tango a las tres de la madrugada.

F. G. S. (Bilbao).—A nosotros no nos la da usted con «fromage» (vulgo, queso). Usted es un guasón crepuscular, que quiere que le faltemos al respeto en la Correspondencia muy particular, para después comentarlo con los amigos de la tertulia. ¡Y no nos da la gana, ea!

L. de B. (Gijón).—Dice usted en la perfumada carta que acompaña a su no tan perfumado artículo:

«Es la primera vez que molesto a la Redacción de un periódico con un trabajo literario.»

Le rogamos que sea la última, decimos nosotros.

C. V. N. (Alicante).—Su nueva remesa (esta vez sólo de cuatro artículos) tampoco ha logrado conmover nuestro duro pecho. ¡Si con las mujeres hermosas tiene usted la misma suerte que con nosotros, está usted categóricamente apañado, querido amigo!...

R. A. H. (Valladolid).—No nos ha satisfecho «El encuentro extraño». Como es extraño, resulta que no es propio. ¡Que no es propio para nuestra revista, vamos!...

Vallecillo (Madrid).—Usted será todo lo poeta que usted quiera, pero no tiene usted del «metro» más idea que la de que es una cosa que sirve para ir de Sol a Ventas, por veinte céntimos.

Maltrana (Segovia).

Idiotísimo Maltrana: ¡así reventes mañana!...

Y no decimos que hoy mismo para darte tiempo a que te pongas bien con Dios, ya que con nosotros, ni que te pongas bien, ni que te pongas como te pongas, no vas a conseguir nada.

D. G. R. (La Coruña).—Entran en turno, para ser publicadas cuando haya lugar, las dos cosillas que envió usted últimamente. Reciba nuestra fogosa felicitación por tan inesperada ventura.

S. R. C. (Granada).—Sus versos son malos como parricida alevoso y reincidente...; vamos, como el que primero mata a su padre y unos meses después despena a su cariñosa mamá.

Juanita (Valencia).—Arrebatadora señorita: con profundísimo dolor le comunicamos que esa graciosa anécdota que usted nos cuenta nos la habían contado ya en nuestra tierna, a la par que lejana infancia. Y, ¡ay!, entonces nos hacía más gracia que ahora. Indudablemente, nuestros gustos han cambiado.

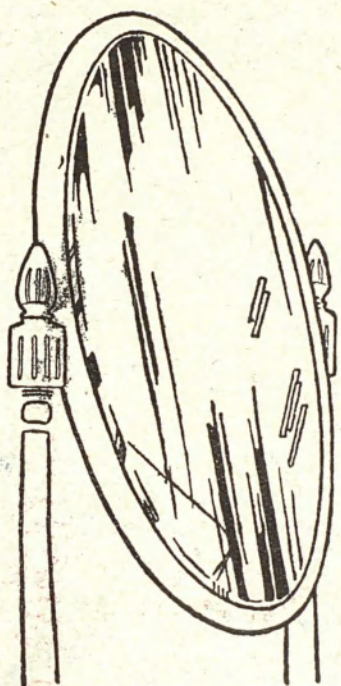


—Yo he tenido más de una docena de hombres a mis pies.

—¿Pretendientes?

—No; pedicuros.

(De The Passing Show.)



NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA. — HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DE PRESIONES FACIALES. — SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA. — BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR. — ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

PEDID FOLLETOS EXPLICATIVOS

CREMA

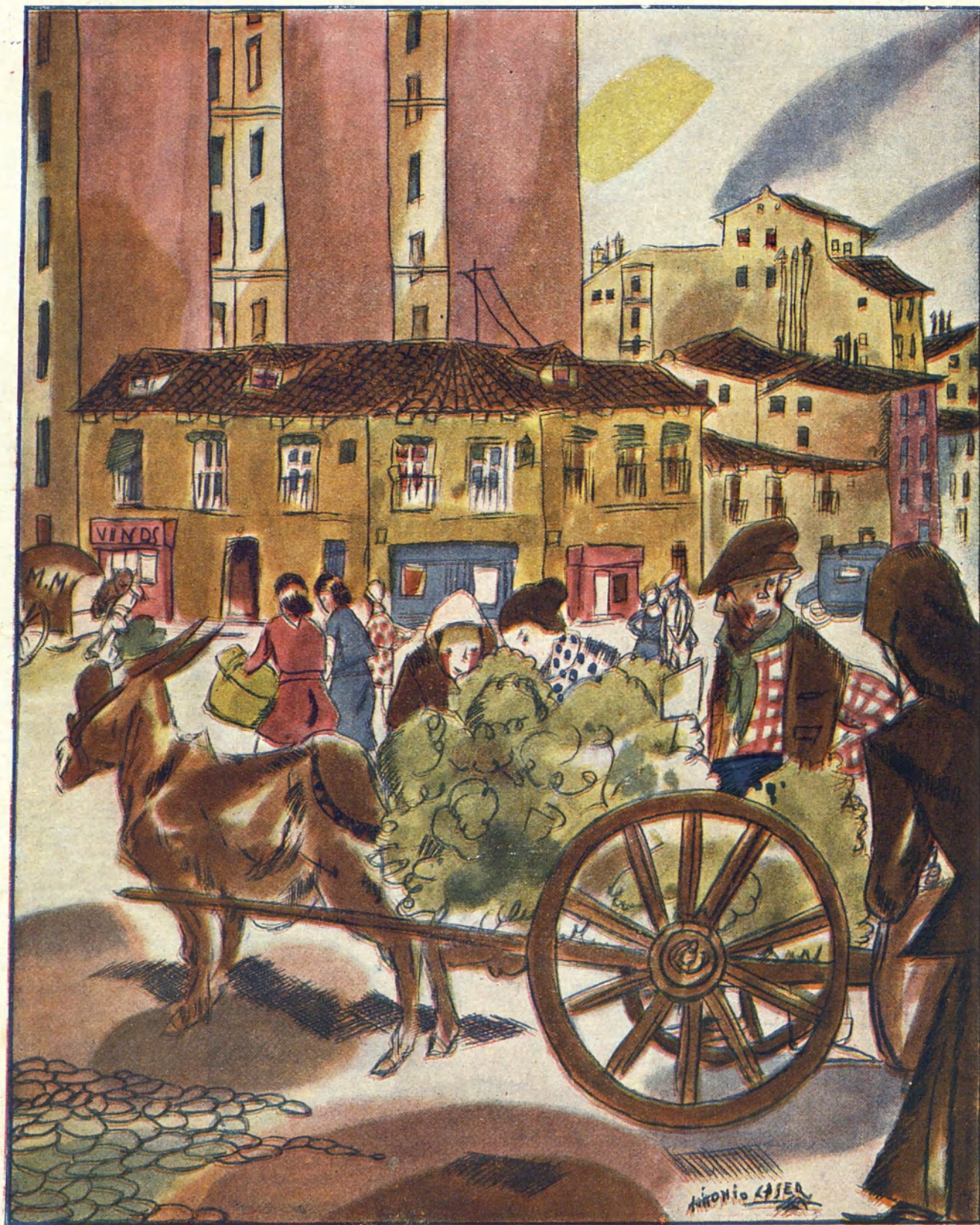
LIDA

RECONSTITUYENTE

DEPOSITARIO - URQUIOLA - MAYOR. 1 - MADRID

Ayuntamiento de Madrid

GRAFICAS UGUINA. MELENDEZ VALDES 17. TELEFONO 41229. MADRID.



—¿ Y cómo tú de verdulero ?
—Tuve que dejar la taberna, porque descubrí que en la cueva donde estaba el vino había ratas de agua...
Ayuntamiento de Madrid

Dib. CASERO. Madrid.